

Epistemological proposal for a teaching of the past from the communication

Abstract

The article suggests that history should be seen as a form of narrating and communicating the past, which forces us to consider communication as a central element of the discipline, teaching and historical thinking. History has always been a political proposal, in the sense of political and civic construction of society; and it is this reason that transforms the past and history into a field of conflict, a conflict over how to interpret the past; a conflict of interpretations that becomes communicative, since the imposition and communication of a model of the past can legitimize or delegitimize a current issue. A battle for the ways of communicating the past that essentially takes place in the broad fields of culture; a conflict to see who is at the center of the symbolic board, which is ultimately a problem of symbolic mediation. This marks the eminent discursive and communicative nature of history and of the ways to communicate the past as well as the conflict between different ways of representing that past.

Keywords: Communication, Epistemology, Politics, History.

Resumen

El artículo propone pensar la Historia como formas de narrar y comunicar el pasado, que obligan a pensar a la Comunicación como elemento central de la disciplina, la enseñanza y el pensamiento histórico. La Historia siempre es una propuesta política, en el sentido de construcción política y ciudadana de la sociedad; y es este motivo el que convierte al pasado y a la historia en un campo de conflicto, un conflicto por la forma como interpretar el pasado. Un conflicto de interpretaciones que se convierte en comunicativo, ya que la imposición y comunicación de un modelo de pasado puede legitimar o deslegitimar un orden presente. Una batalla por las formas de comunicar el pasado que esencialmente se desarrolla en los anchos campos de la cultura, un conflicto por ver quien ocupa el centro del tablero simbólico; en definitiva un problema de mediación simbólica. Esto marca el carácter eminente discursivo y comunicativo de la Historia y de las formas por comunicar el pasado, así como el conflicto entre las distintas formas de representar ese pasado.

Palabras Clave: Comunicación, Epistemológica, Política, Historia.

Roberto Sancho Larrañaga (España): Docente-Investigador Universidad Autónoma de Bucaramanga (Colombia). Doctor en Historia, Universidad de Zaragoza (España); Magister en Historia, Universidad Industrial de Santander (Colombia) y Licenciado en Filosofía y Letras, Universidad de Zaragoza. Autor de los libros, *La encrucijada de la violencia política armada en la segunda mitad del siglo XX en Colombia y España: ELN y ETA* (año 2008, tesis doctoral), y *Guerrilla y terrorismo en Colombia y España: ELN y ETA* (2003) y coordinador del libro *Por el sendero de la identidad latinoamericana* (2006). Coordinador de la línea "Memoria, representaciones e institucionabilidad" del grupo de investigación "Transdisciplinariedad, cultura y política".

E-mail: rsancho@unab.edu.co,
rsancholarranaga@hotmail.com

Propuesta epistemológica para una enseñanza del pasado desde la comunicación

Roberto Sancho Larrañaga

PRIMER ACTO: La investigación como información y el pasado como comunicación

La vida debe entenderse hacia atrás,
pero vivirse hacia adelante"
Soren Kierkegaard, *Diarios*, 1843

Este texto pretende utilizar los elementos teóricos, metodológicos y epistemológicos encontrados en la tesis doctoral titulada "La encrucijada de la violencia política armada en la segunda mitad del siglo XX en Colombia y España: ELN y ETA", para proponer pensar la Historia como formas de narrar y comunicar el pasado, que obligan a pensar la Comunicación como elemento central de la disciplina histórica.

La investigación, desde el primer día de nuestra vida, tiene que ver con nuestra capacidad creativa para generar procesos de información que sirven para explorar y resolver situaciones que se nos presentan en el día a día, todo ello a partir de nuestra destreza mental puesta en juego. O sea, la acción social del individuo está basada en procesos mentales en que intervienen la indagación de las situaciones, por un lado, y la experiencia pasada, por otro, para resolver una situación presente. La investigación y la memoria de lo pasado son los ejes con los que nos enfrentamos a los retos en la vida. Por tanto, todo hecho investigativo se caracteriza por tener algún elemento de análisis, de aplicación de experiencias previas, pero también de novedad y originalidad, que sirven para alcanzar un

objetivo útil propuesto. Debemos, entonces, reconocer la aplicabilidad del conocimiento producido en ese hecho investigativo que entra en relación con la perspectiva temporal y, por tanto, su transcendencia no sólo académica, sino también social, cultural y por supuesto, política.

En este texto queremos reivindicar el saber histórico aprovechable, esa investigación y enseñanza del pasado que nos permita ser mejores personas y vivir en una sociedad mejor. La enseñanza del pasado tiene, en consecuencia, el deber moral de comprender situaciones pasadas y experimentar posibles soluciones a algunos de los problemas que atañen a la sociedad actual. Aprender del pasado con la Historia y entender su carácter eminentemente comunicativo, nos puede permitir comprender mejor los mecanismos que articulan los procesos sociales, por tanto, nos permitirá abordarlos más racionalmente y solucionar las dificultades que se nos presentan como comunidad.

Detrás de este viaje propuesto, encontramos que las formas de narrar el pasado pueden ser un conocimiento práctico que fundamenta una propuesta ética. Cabe recordar que por ética podemos entender el vivir bien los unos con los otros, en una relación amistosa y justa; lo que significa que el deseo personal de autorrealización tiene que ir de la mano de la construcción de una sociedad mejor que asegure las condiciones de reproducción ética. Esta "comunicación ética del pasado" debe ser un instrumento esencial para comprender el

presente e intentar mejorarlo, y para ello debemos realizar una problematización del mismo a partir de conocer la evolución histórica de lo que se desea analizar. Esto supone que las formas de comunicar el pasado son una propuesta política, en el sentido de construcción de ciudadanía y de sociedad.

Por otro lado, muchos científicos sociales se han convertido en disciplinados ejércitos encargados de preservar la parcela de conocimiento, creando fronteras ficticias con otros saberes y campos de conocimiento, que dificultan aprehender y comprender la realidad social. Estos conocimientos administrados, que manejan incluso idiomas distintos a los otros disciplinados forasteros; fragmentan, dividen, parcelan, incluso triturar constantemente la realidad. Terminamos construyendo una gran Torre de Babel del conocimiento. Estos saberes disciplinarios sólo abarcan fragmentos de la realidad social y son incapaces de dar cuenta de las complejas articulaciones que se están realizando en la sociedad actual. Es necesario romper esas fronteras disciplinares para construir un dispositivo teórico-conceptual que permita abordar "el mundo de la vida" de una forma más integral, que nos ayude a caminar por el laberinto de la vida con la ayuda de todas las disciplinas. Una cartografía que permita la inteligibilidad de los fenómenos, la comprensión de situaciones; porque necesitamos entender para poder actuar.

Lo importante del pasado, por ello, no deben ser los hechos en sí, el detalle acontecido, trabajados desde la Historia; sino la relación de esos hechos con otros; esta predisposición a lo relacional de los hechos históricos nos aproxima a la inteligibilidad de los fenómenos históricos. Tal vez la ecuación más adecuada sea: el nivel necesario de descripción (responder el cómo) de los acontecimientos históricos estudiados, con el análisis (responder el por qué) de estos acontecimientos dentro de un fenómeno social más amplio. Con esta fórmula, podremos

entender mejor la historia para poder actuar en el presente.

Por todo ello, el intento de reconstruir el pasado supone un ejercicio relacional y de simplificación de la realidad histórica, pero al mismo tiempo, como investigadores y comunicadores de la Historia debemos transmitir, a pesar de ese presupuesto, la complejidad de los fenómenos estudiados. Para ello debemos profundizar en diversos ámbitos de los fenómenos, como los contextos sociopolíticos nacionales e internacionales, las representaciones e imaginarios de las personas, sus contextos culturales y de socialización, etc. Para ello se perfilan tres ámbitos relacionados de análisis y socialización del pasado: por un lado los contextos socio-políticos; en segundo lugar, el estudio de los contextos culturales y los imaginarios que hacen posibles las conductas; y por último, la observación de la dimensión personal a partir del estudio de historias de vida. Además es fundamental pensar que hay varias formas de contar o de escribir la historia, creemos que es tan importante el qué decir, como el cómo decirlo; se requieren tanto miradas generales, descriptivas y explicativas, como otras más precisas, íntimas y narrativas que se aproximen a los hechos, los ambientes y las personas de forma más humana y cálida.

SEGUNDO ACTO: Temblores epistemológicos en la enseñanza del pasado

Planteamos que para comprender el pasado debemos recurrir tanto a métodos comprensivos, que se acerquen no solamente a las condiciones materiales que constituyen las sociedades, como a métodos interpretativos que ayuden a reconstruir las creencias y los universos mentales de los sujetos, para poder evaluar el rol de la mediación simbólica sobre las prácticas sociales. Las representaciones sociales o las ideologías tienen una centralidad social, pues

son los principales dispositivos de gestión y administración de los universos de sentido de cientos de individuos que siguen religiosamente sus presupuestos. Estos universos de sentido administran la realidad de miles de personas, ya que estos individuos viven el discurso y existen en él.

La Historia no sólo debe abordar el estudio de los discursos, sino que a su vez, ella y la enseñanza del pasado son discursos que tienen la pretensión de hablar en nombre de "lo real" y de "lo sucedido"; como en otras épocas hicieron las religiones, tienen La Verdad (en singular y con mayúsculas) y éste es el principio básico que sustenta lo que "debe ser creído" como una totalización. En este sentido, la enseñanza de la Historia se convierte en muchas ocasiones en un gesto cotidiano del renovado "acto de creer" tradicional, que los estudiantes deben asimilar acríticamente. El discurso "autorizado" de los profesores de Historia o Ciencias Sociales se convierte en "normas de fe" y "técnicas de hacer creer", en definitiva en "elementos organizadores de las prácticas" cotidianas de los individuos. Estos discursos de los profesores que se presentan como objetivos y científicos, no son otra cosa que elementos subjetivos de enmarcar el pasado, de "realización del pasado" en el presente; en definitiva de reificación y deificación de la Historia.

Por ello, tanto la enseñanza de la Historia como la investigación del pasado deben partir de la necesidad de manejar la tensión entre objetivación y subjetivación de los discursos. Después de siglos de predominio de los análisis causales en las investigaciones científicas, hoy parece casi un "suicidio intelectual" o una arrogante osadía la intención de cualquier científico social por buscar conexiones causales en sus investigaciones. Pero se requiere todavía seguir buscando las conexiones causales o causalidad, no entendidas como leyes sino como relaciones, conectores o encadenadores de

situaciones, hechos, acontecimientos, acciones y contextos sociales. Estas conexiones o relaciones nos pueden permitir acercarnos más a la comprensión y posterior explicación de un fenómeno. Porque a pesar de las críticas a la causalidad, las personas y los científicos sociales requieren seguir respondiendo la pregunta elemental de: ¿por qué las personas se comportan como lo hacen en determinada situación o contexto histórico? Pero la respuesta a esta inquietud ya no puede reducirse a explicar los comportamientos como un reflejo transparente de unas condiciones objetivas o estructurales de la sociedad, ni tampoco a la decisión libre y autónoma de los individuos. Por tanto, la causalidad social para acercarse al establecimiento de las "condiciones de posibilidad de la acción social" debe tener en cuenta tanto las formas mecanicistas de la relación causa y efecto como el papel que los discursos y las mediaciones simbólicas cumplen en las personas. Ambos interactúan entre sí en un contexto determinado y están estrechamente imbricados, por lo tanto hay que aproximarse a esta situación relacional entre causas o factores "objetivos" y "subjetivos". Tanto el entorno social condiciona las prácticas de los individuos, como el discurso de éstos y su acción han ayudado a construir un entorno particular. Como plantea Miguel Ángel Cabrera (Cabrera, 2001):

"El primer síntoma de debilidad teórica del modelo causalista social fue, como ya sabemos, el surgimiento de la historia sociocultural. Con el propósito de paliar la creciente dificultad para explicar conductas significativas a partir exclusivamente de la posición y los atributos sociales de los sujetos, los historiadores socioculturales introdujeron la noción de mediación simbólica, (...) De manera concreta, la aparición de la nueva historia ha supuesto la formulación de la premisa de que las acciones significativas no son ni actos de elección racional ni efectos, sean inmediatos o simbólicos, del contexto social, sino que, por el

contrario, son el resultado de la particular articulación que los individuos realizan de dicho contexto y de su posición en él. Y, por tanto, si las personas actúan como lo hacen no es porque esa posición ha sido dotada de un cierto significado en virtud de un imaginario social dado. Desde este punto de vista, las relaciones de causa efecto entre contexto social y acción no están inscritas en o son fijadas por el primero, sino que se constituyen como tales en la esfera de la mediación discursiva”.

Por tanto, en la construcción o transmisión de conocimiento histórico creemos que siempre está presente este debate, así como en las investigaciones existen unas conexiones causales, implícitas o explícitamente formuladas; en la enseñanza de la Historia no podemos renunciar a formular el papel de estas relaciones causales, dado que este factor es el que le permitirá a los estudiantes una mejor comprensión histórica de un fenómeno social.

La explicación histórica debe dar cuenta entonces tanto de los contextos socio-históricos como de las prácticas discursivas del ambiente cultural. Ambos interactúan y por tanto toda determinación del contexto político y social sobre el individuo es ejercida a través de mediaciones simbólicas, y estas matrices culturales y simbólicas inciden en las prácticas de los individuos determinadas por los contextos políticos, geográficos, económicos, etc. Suscribimos lo planteado al respecto por Miguel Ángel Cabrera: (Cabrera, 2001) “En suma, que a un momento objetivista, en el que las representaciones son puestas en relación causal con las condiciones sociales que son su fundamento, el historiador ha de añadir un momento subjetivista, en el cual debe examinar cómo y hasta qué punto las representaciones conservan o modifican dichas condiciones, pues son los sujetos los que convierten a los significados en ingredientes

positivos de la vida social. Dado que la realidad social es también, ella misma, un objeto de percepción, toda investigación histórica ha de tomar en consideración tanto a la realidad como a la percepción de la misma, pues las visiones de mundo no sólo forman parte del mundo, sino que contribuyen activamente a su construcción”.

TERCER ACTO: La Historia como discurso o narraciones del pasado que construyen el presente¹

En esta propuesta epistemológica y pedagógica de la Historia, principalmente nos debe interesar una Historia que ayude a descifrar algunos problemas del presente, comprenderlos en su dimensión temporal y una vez entendidos, ponernos en el reto de resolverlos como comunidad. Desde esta perspectiva, los ciudadanos deben entender que el camino que lleva del pasado al presente, nos marca los trazos del futuro; y que esa ruta no es única e inamovible como suelen mostrar los manuales de historia patria. Por el contrario, los pasados pueden ser muchos, tantos como los distintos intereses que se proyectan en el presente, por eso el pasado y la historia son campos de lucha donde lo que está en juego es encontrar caminos distintos que lleven al futuro. Lo que queremos mostrar es que ese pasado único, inamovible, mítico y trascendente que nos han mostrado, no corresponde a una realidad histórica contingente donde además de las élites han existido otros protagonistas: mujeres, indígenas, negros, judíos, homosexuales, locos, etc. Activar esta conciencia crítica del pasado significa activar las posibilidades de transformar el presente, en definitiva fortalecer la ciudadanía a través de la toma de conciencia de que sí se puede cambiar el destino del país y el mundo, como también se puede cambiar el pasado. Como recuerda Josep Fontana:

¹ Esta parte del texto fue desarrollada con mayor profundidad en el capítulo: “Historia magistra vitae y algo más: formas de contar el pasado que construyen el futuro”, en Roberto Sancho Larrañaga (Comp.), *Por el sendero de la identidad latinoamericana*, Editorial UNAB, Bucaramanga, 2006, pp. 35-54.

“Sabemos hoy que nuestra memoria personal no es un depósito de representaciones –un archivo de imágenes fotográficas más o menos borrosas de los hechos del pasado- sino un complejo sistema de relaciones que tiene un papel esencial en la formación de la conciencia. Una de sus funciones más importante es, como ha dicho un gran neurobiólogo –el premio Nobel Gerald Edelman-, la de permitir ‘una forma de recategorización durante la experiencia en curso, más que una reproducción de una secuencia de acontecimientos’. La conciencia se vale de la memoria para evaluar las situaciones nuevas a que hemos de enfrentarnos mediante la construcción de un ‘presente recordado’, que no es la evocación de un momento determinado del pasado, sino la capacidad de poner en juego toda una serie de experiencias previas para diseñar un escenario al cual podamos incorporar los nuevos elementos que se nos presentan.

De modo semejante el historiador, al trabajar con la memoria colectiva, no se dedica a recuperar hechos enterrados bajo las ruinas del olvido por el mero gusto del hallazgo, sino que usa su capacidad de construir, a partir de la diversidad de elementos del pasado a su alcance, ‘presentes recordados’ que puedan contribuir a que la conciencia colectiva responda a los nuevos problemas que se le plantean”, según Josep Fontana” (Fontana, 2003).

Por tanto, el discurso histórico no sólo restaura la sucesión de los acontecimientos, sino que permite el acceso a una existencia más ciudadana y política; por ello, la Historia también es utilizada por los gobernantes para domesticar a los ciudadanos, reduciendo el potencial de cambio que pueda tener el pasado. Como afirma Jesús Millán (Millán, 2002): “son los nuevos problemas que nos trae el presente los que deben conducir a replantear los enfoques con los que, hasta ahora, tratábamos de aprender haciendo preguntas al pasado”. Por eso la Historia siempre es una propuesta política, en el sentido de

construcción política y ciudadana de la sociedad; y es este motivo el que convierte al pasado y a la historia en un campo de conflicto, un conflicto por la forma como interpretar el pasado, en definitiva como interpretar el mundo y construir el futuro. Un conflicto de interpretaciones que se convierte en comunicativo, ya que la imposición y comunicación de un modelo de pasado puede legitimar o deslegitimar un orden presente. Una batalla por las formas de comunicar el pasado que esencialmente se desarrolla en los anchos campos de la cultura, un conflicto por ver quien ocupa el centro del tablero simbólico; en definitiva un problema de mediación simbólica.

Esto marca el carácter eminente discursivo y comunicativo de la Historia y de las formas por comunicar el pasado, así como el conflicto entre las distintas formas de re-presentar ese pasado. Pues la experiencia histórica no es la traducción directa y objetiva de una realidad externa a las subjetividades de los individuos, así como a las relaciones de poder que se establecen en una sociedad. Miguel Ángel Cabrera (Cabrera, 2001) introduce también la cuestión del poder en este análisis:

“Como argumenta Roger Chartier, el poder no implica sólo relaciones económicas y sociales, sino, además, relaciones de fuerza simbólicas y, por consiguiente, no sólo la dominación política depende del proceso ‘por el que los dominados aceptan o rechazan las identidades que se les imponen con vistas a asegurar y perpetuar su sometimiento’, sino que los conflictos entre grupos son luchas entre representaciones, en las que lo que está en juego es siempre la capacidad de los grupos o individuos para asegurarse el reconocimiento de su identidad. Por supuesto, el hecho de que el poder no sea una mera proyección de las propiedades sociales objetivas, sino una apropiación simbólica de éstas, no significa que las relaciones de poder sean una convención intersubjetiva, sin correlación alguna con las divisiones sociales. Lo único que significa es que

la lucha por imponer unas determinadas relaciones de dominación es un proceso histórico que trasciende el funcionamiento de la estructura social y requiere de la participación significativa de los individuos”.

Este es el nivel político del pasado, por eso la memoria es un territorio esencialmente comunicativo, político y conflictivo, es ese “presente del pasado” que puede proyectarnos como comunidad o unicidad. Este lugar político de la memoria, se concreta en la necesidad que tienen el presente y el futuro de legitimarse a través de la memoria. Ésta no sólo es entonces huella del pasado, sino fundamentalmente representación ideal de un presente y futuro deseados. La memoria es más un tema del presente y del futuro, que del pasado; construcción simbólica necesaria para el mantenimiento y reproducción de un grupo, la memoria se convierte en un dispositivo de lecturabilidad para el reconocimiento del colectivo.

CUARTO ACTO: El olvido de la memoria

En la actualidad oímos hablar mucho de memoria, la memoria humana, la memoria RAM de los computadores, las USB o memorias portátiles, la memoria genética, etc. ¿En qué se diferencian estas memorias? ¿Qué tienen de común? ¿Qué función cumplen para los individuos, la sociedad o los sistemas informáticos? Exploremos este tema.

Empecemos por definir, ¿Qué es la memoria? **La memoria es un proceso por el cual se puede codificar, almacenar y recuperar la información, para poderla utilizar posteriormente.**

¿En qué consiste una memoria RAM (Random Access Memory)? Son circuitos que permiten almacenar y recuperar información, algo similar al cerebro humano; en el cual se inspiraron claramente sus creadores. Son igual que las USB, unos chips de memoria, una matriz, un “cajón”, un “estante”, en el cual existen celdas

y cada celda es capaz de almacenar un bit. Un bit es la unidad mínima de información empleada en informática y consiste en un dígito binario, o sea, la combinación de 0 y 1. Con esta combinación binaria se puede representar cualquier cosa, hasta el infinito.

En cuanto a la memoria humana, esta es una función cerebral que resulta de diferentes conexiones sinápticas entre neuronas, estas últimas a su vez conforman una amplia red neuronal. Para que se hagan una idea, el cerebro humano suele contener unos 100 mil millones de neuronas y unos 100 billones de interconexiones entre ellas o sinapsis. Pensemos que cada una de los 100 billones de interconexiones es capaz de guardar información de experiencias pasadas, y se calcula que el cerebro tiene una capacidad de almacenar de 1 a 10 terabytes de información; eso más o menos, equivaldría a unos 10 billones de páginas de una enciclopedia.

Primera conclusión, tenemos una gran capacidad de guardar información, las preguntas entonces son ¿por qué olvidamos?, ¿qué olvidamos?, y sobre todo, ¿qué recordamos y por qué? En segundo lugar, esta memoria y los recuerdos son almacenados para que nos sirvan de **aprendizaje**. La experiencia pasada debe servir para no volver a repetir problemas. Claro que dicen que el ser humano es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra. Debe ser que no utilizamos suficiente nuestra memoria. La memoria humana tiene tres fases diferenciadas de su actividad:

- 1) Registro de la información a partir de la percepción y recepción recibidas en el cerebro. Se transforman los estímulos en representaciones, engramas o huellas de aprendizaje que se inscriben en el cortex cerebral.
- 2) Fase de almacenamiento, el cerebro almacena y codifica la información recibida a partir de conceptos, ideas, etc.

- 3) Fase de recuerdo o recuperación de la información almacenada para responder a alguna experiencia que tiene que enfrentar la persona. Estos recuerdos son esas imágenes del pasado de algo vivido y supuestamente aprendido. Los recuerdos se producen en las interconexiones entre neuronas y generan representaciones del pasado.

Conclusión de este apartado, la información guardada, la memoria y los recuerdos están estrechamente relacionados con el presente, con las experiencias que hay que vivir en el momento y en un futuro. Por tanto, sin la información guardada, sin nuestra memoria, no podríamos pensar; cada experiencia vivida sería “nueva”, no sabríamos cómo reaccionar porque la memoria proporciona al ser humano una base para asimilar las experiencias que vivimos. Pero tampoco sabríamos quiénes somos, nuestra vida perdería sentido; sufriríamos de una amnesia, divagaríamos por el mundo como zombies. En definitiva, la memoria es un proceso de gestión de información, que se encarga de seleccionar, procesar, almacenar y posteriormente reutilizar.

Al final, tanto la memoria humana, RAM, genética, social, etc., se trata de seleccionar información, desechar otra y guardar para luego poder utilizarla. El cuerpo reacciona a las experiencias cotidianas a partir del análisis que hace de la información guardada en su cerebro, lo mismo hacen el computador y la propia sociedad. El funcionamiento del individuo o de la sociedad depende de su capacidad de preservar la información para su posterior uso. Por ello, es tan importante la memoria para un individuo o para una comunidad, le permite ser y le permite actuar.

Como sociedad, como colectivo debemos recurrir a una memoria común reiteradamente para renovar la identidad del grupo. Son los procesos de socialización y sobre todo la

enseñanza de la Historia, los encargados de distribuir los discursos que muestran una Unicidad, llamada país, región, etc., y que permiten que los miembros de una comunidad política sean capaces de reconocerse como perteneciente a esa Unidad. Ese proceso de imaginación supone crear un espacio y tiempo comunes, y un bagaje común simbólico que permite tejer una amplia red para “atrapar” al ciudadano. La historia oficial se encarga de entretejer una continuidad histórica entre los pasados lejanos y el presente de la comunidad, sobre todo, muestra la trayectoria histórica del Estado y de los líderes, en una comunidad “de destino” entre los ciudadanos y quienes los gobiernan. Esta comunidad de destino requiere una memoria común de un pasado supuestamente compartido.

El interés por la memoria se articula entonces con las necesidades políticas presentes y futuras, el control de la memoria social está atravesado por fuertes relaciones de poder. Siguiendo estos planteamientos, Cristóbal Gnecco (Gnecco & Zambrano, 2000) define la historia como: “una forma de producción social de saber que se construye a partir de, y estructura, la memoria social, ese dispositivo de referencialidad temporal que reside en prácticas colectivas y que permite que el pasado se perciba de una manera particular, inextricablemente ligada a la forma en que se perciben el presente y el futuro”. La historia se convierte en una forma de racionalidad discursiva que “atrapa” el pasado, entendido este como el devenir de los hechos en un tiempo social; y ambos están mediados por la memoria colectiva o proceso de subjetivación del pasado. Gonzalo Sánchez (Sánchez, 2003) afirma que: “la memoria es un forma de representación del curso del tiempo”. Esa memoria, como dispositivo cultural, se expresa como un patrimonio simbólico acumulado por un grupo social y que sirve para aprehender y legitimar significativamente la realidad que le rodea.

Entendemos que la memoria colectiva o social se convierte en una forma de 're-presentar' el pasado, es otra de esas mediaciones simbólico-sociales que constituyen/instituyen al individuo y a la sociedad. La memoria es un pasaporte de identidad que nos permite viajar al futuro. La memoria (y el olvido) son formas de representar el pasado donde se plantean posibilidades de construcción/destrucción de lo social y de las relaciones de poder. Por lo tanto, el pasado, la memoria y las identidades no son esencias sino formas de nombrar, presentar y representar la historia para organizar y legitimar un presente y un futuro.

Este lugar político de la memoria, se concreta en la necesidad que tienen el presente y el futuro de legitimarse a través de la memoria. Esta no sólo es entonces huella del pasado, sino fundamentalmente se convierte en representación ideal de un presente y futuro deseado. La memoria es más un tema del futuro que del pasado; construcción simbólica necesaria para el mantenimiento y reproducción de un grupo, la memoria se convierte en un dispositivo de lecturabilidad para el reconocimiento del grupo. Gonzalo Sánchez la define de una forma muy completa, cuando plantea que:

“La memoria, tanto individual como colectiva, en su función cognitiva y en su función social, puede ser definida apretadamente como la capacidad de conservar y actualizar informaciones pasadas, informaciones que mediante el lenguaje escrito o hablado pueden volverse objetos de una acción comunicativa. A la memoria, a veces, se la concibe como un peso del cual hay que librarse, otras, como un repertorio que hay que reinventar constantemente (E. Hobsbawm) para responder a las cambiantes condiciones del mundo en que vivimos. En todo caso, la memoria social, que es la que aquí nos interesa y que define el marco de nuestras acciones, es aprendida, heredada y transmitida a través de innumerables mecanismos que le imprimen un sello a nuestro devenir, a

tal punto que nuestra memoria termina siendo la representación de nosotros mismos ante los demás. Esto nos permite, en consecuencia, afirmar un primer gran postulado: la memoria es una forma esencial de construcción de las identidades colectivas.

Dicha premisa nos pone de inmediato frente a otra constatación: la diversidad de la memoria social. Los diferentes grupos (sociales, étnicos, nacionales, de género) construyen de manera diferente sus memorias, sus temporalidades, sus legitimaciones, y a partir de estas le dan también su sentido propio al pasado en función del presente y definen sus aspiraciones identificatorias futuras. Por ello también, más que generadora de consensos narrativos, míticos o visuales, la memoria es un terreno de disputa, de desestructuración y recomposición de las relaciones de poder. Evocar y silenciar son actos de poder” (Sánchez & Wills, 2000)

ACTO FINAL: Conclusiones

Los ciudadanos en general y los historiadores en particular debemos entonces seguir reivindicando, como ya hicieron los griegos y otras culturas, el papel de la Historia y del conocimiento del pasado como un saber aprovechable. Pero para aprovechar el pasado en primer lugar hay que guardarlo y luego transmitirlo se tiene que constituir la memoria. El pasado puede ser ese lugar donde podemos aprender o ese espacio donde se puede “experimentar” la comprensión y posibles soluciones de algunos problemas que atañen a la sociedad actual. Para ello, las personas debemos esforzarnos por acostumbrar nuestras mentes a situar los hechos y los problemas en su dimensión temporal, es así como podremos pensar de forma más amplia la sociedad. En este mundo donde la velocidad y lo efímero priman, debemos establecer referencias continuas a lo temporal, al pasado e intentar superar los peligros de una habitual no-referencia a la historia y al

contexto de aquello que se intenta explicar; un ejemplo claro de ello se puede encontrar en las informaciones periodísticas.

En este punto tenemos que recordar la genial obra de Georges Orwell (Orwell, 1995), 1984, este escrito puede mostrar el potencial de la información conservada y transmitida del pasado; “el Gran Hermano” se encarga a través del Partido de controlar el pensamiento y a las personas, y su recurso principal es el establecimiento de una política del olvido. El lema del Gran Hermano es: “El que controla el pasado –decía el eslogan del Partido-, controla también el futuro. El que controla el presente, controla el pasado”.

Bibliografía

Cabrera, M. Á. (2001). *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*. Madrid: 2001.

Cabrera, M. Á. (2001). *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*. Madrid: Cátedra.

Cabrera, M. Á. (2001). *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*. Madrid: Cátedra.

Fontana, J. (2003). *¿Para qué sirve la historia en un tiempo de crisis?* Bogotá: Pensamiento crítico.

Gnecco, C., & Zambrano, M. (2000). Memorias hegemónicas, historias disidentes: la domesticación política de la memoria social. En *Compiladores, Memorias hegemónicas, memorias disidentes. El pasado como política de la historia* (pág.171). Bogotá: ICANH Universidad del Cauca.

Millán, J. (2002). El contexto de la historia social crítica en la Alemania contemporánea. En J. Kocka, *Historia social y conciencia histórica* (pág. 40). Madrid: Marcial Pons.

Orwell, G. (1995). 1984. Barcelona: RBA editores.

Sánchez, G. (2003). *Guerras, memorias e historia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

Sánchez, G., & Wills, M. E. (2000). *Museo, memoria y nación. Misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro*. Bogotá: Ministerio de cultura.

Sánchez, G., & Wills, M. E. (2000). *Museo, memoria y nación. Misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro*. Bogotá: Ministerio de Cultura.